





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, empresas, nombres o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *She's Not Sorry*

© 2024, Mary Kyrychenkog

© 2026, de la traducción por Miguel Alpuente Civera

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10359-00-0

Código IBIC: FA

DL: B 16.715-2025

Composición:  
Rafael Medel López

Diseño de interiores:  
David Pablo

Impreso en enero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Mary Kubica

# Grita en el silencio

Traducción de Miguel Alpuente



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026

*Para mi familia y mis amigos*

# Prólogo

Mi teléfono empieza a sonar cuando abro la puerta y entro en la tienda. Está enterrado en las profundidades del bolso y resulta difícil dar con él. Aparto una billetera y un neceser, a sabiendas de que probablemente estoy buscando en vano. Nunca lo encontraré a tiempo.

Alcanzo a tocarlo al tercer o cuarto tono. Lo saco del bolso, pero en cuanto lo hago deja de sonar. Demasiado tarde. Una llamada perdida de Sienna aparece en la pantalla. Me quedo desconcertada. Inmóvil en el umbral, con la puerta abierta, miro el número que me muestra el teléfono. Estoy hecha un mar de dudas, confusa, porque son poco más de las diez de la mañana y Sienna está en el instituto, o debería estarlo. A veces me envía un mensaje desde allí, sacando a hurtadillas el teléfono cuando la profesora no presta atención: «¿Puedo quedarme hoy con Gianna?», «He perdido la botella de agua», «¿Has comprado tampones?», «Esta estúpida calculadora no funciona», pero llamar nunca llama. Mi cabeza se dispara en miles de direcciones diferentes, pensando que, si estuviera enferma, me llamaría la enfermera y, si se hubiera metido en líos en el instituto, entonces lo haría el director. Nunca sería Sienna quien telefoneara.

No tengo ocasión de devolverle la llamada. Casi de inmediato, el teléfono vuelve a sonarme en la mano y doy un respingo ante lo inesperado del ruido. Es otra vez Sienna.

Al instante deslizo el pulgar por la pantalla.

—¿Sienna? ¿Qué pasa? —pregunto apretando el teléfono contra la oreja.

Acabo de entrar del todo en la tienda y dejo que la puerta se cierre sola para amortiguar el ruido de la calle, los automóviles que pasan y la gente pegada también a sus teléfonos, manteniendo sus propias conversaciones. Percibo en mi voz el tono estridente e inequívoco del pánico y pienso que, en los próximos segundos, Sienna empezará a fustigarme por reaccionar tan exageradamente, por ponerme como loca por nada. «Por Dios, mamá. Relájate. Estoy bien», dirá alargando la última palabra para poner mayor énfasis.

No es eso lo que ocurre.

Al principio hay solo silencio. Distingo apenas algo muy leve, algún tipo de movimiento o el viento. Se prolonga durante unos segundos y decido que Sienna debe haberme llamado sin querer. No era su intención hacerlo. Tiene el teléfono en el bolsillo o en la mochila y mi número se ha marcado por accidente. Ni siquiera sabe que me ha llamado dos veces. Escucho, tratando de descifrar dónde está, pero sigo oyendo lo mismo. Ningún indicio. Nada revelador.

Pero entonces una voz masculina corta el silencio, fría y parca en palabras, distorsionada, como si hablara por un modulador de voz.

—Si quiere volver a ver a su hija, haga exactamente lo que voy a decirle.

Ahogo un grito. Los ojos se me salen de las órbitas. Pierdo el equilibrio y caigo de espaldas contra la puerta cerrada. Me llevo la mano a la boca y presiono con fuerza. De pronto no puedo respirar. No puedo pensar. Al principio, mi mente es incapaz de procesar lo que ocurre. Me separo el teléfono de la oreja y miro la pantalla para comprobar si me he confundido, si el número que



llama no es el de Sienna, sino el de otra persona. Alguien que se ha equivocado. Porque no debo haber visto bien, esto no puede estar sucediendo. No puede estar sucediéndome a mí.

Pero sí, he visto bien. Es el número de Sienna el que aparece en la pantalla, sin ninguna duda.

—¿Quién llama? —pregunto, pegándome de nuevo el teléfono a la oreja—. ¿Y por qué tiene usted el teléfono de mi hija?

Y en ese instante, al fondo, oigo el alarido taladrante de Sienna.

—¡Mami! —aúlla. Un grito agudo, frenético, desesperado, y sé entonces que ese hombre no solo tiene el teléfono de Sienna. Tiene a Sienna.

Un terror absoluto se desata por mis venas. Sienna no me ha llamado «mami» desde hace por lo menos diez años. No dejo de pensar en qué horrible suceso puede haberle provocado tan profunda regresión a la infancia para que vuelva a llamarme «mami».

Me siento por completo impotente. No sé dónde está. No sé cómo encontrarla, ayudarla, hacer que esto pare.

—¡Váyase! —ordena Sienna.

Le tiembla la voz de tal modo que no parece ella, esa Sienna siempre tan desafiante, tan segura de sí misma. Su miedo resulta evidente, indudable.

—¡Déjeme en paz! —exige, esta vez llorando. Las palabras se entrecortan, la voz se le quiebra; la elocución no transmite la autoridad que correspondería a una orden.

Sienna está aterrorizada, y yo también.

—¡Sienna, cariño! —grito.

Se oye cierto revuelo al otro lado, sonidos amortiguados. Ese hombre, imagino, está sometiendo a Sienna, poniéndole a la fuerza una mordaza para que no pueda

hablar ni gritar, y por el ruido diría que Sienna está luchando contra él, resistiéndose.

Me doy cuenta de que ni siquiera parpadeo. No estoy respirando.

Las lágrimas me escuecen en los ojos.

—¿Qué le está haciendo? ¿Quién es usted? —le exijo saber a ese hombre, bramando de tal modo al auricular que todos los clientes de la tienda dejan lo que están haciendo para mirarme, inquisitivos, algunos ahogando un grito y tapándose sobrecogidos la boca con la mano, como si esto fuera una especie de pesadilla colectiva—. ¿Qué le ha hecho a mi hija? ¿Qué quiere de mí?

—Escúcheme —me responde el hombre con voz bien modulada, el tono impasible y sosegado, al contrario que el mío.

Al fondo sigo oyendo el llanto desesperado de Sienna, un lamento quejoso, compungido, aunque poco natural. Me basta oírlo para caer de rodillas y, sin embargo, no sé qué es peor, si el llanto de Sienna o escuchar cómo el sonido se va alejando hasta desaparecer del todo.

—¿Dónde está? ¿Qué le ha hecho? ¿Por qué ya no la oigo?

—Tiene que hacer exactamente lo que le digo. Exactamente. ¿Entendido?

—Quiero hablar con mi hija. Déjeme hablar con ella. Necesito saber que está bien. ¿Qué le ha hecho usted?

—Yo no tengo nada que perder —dice el hombre—. Usted es aquí la única que tiene algo que perder, señora Michaels. Ahora cállese y escúcheme, porque a mí me da igual una cosa u otra, que su hija viva o muera. Lo que le ocurra depende totalmente de usted.

# PRIMERA PARTE



# Capítulo 1

La primera vez que la veo en el hospital es en la UCI, poco después de su salida del quirófano. Estoy tras el cristal de la puerta corredera, mirándola mientras está tumbada en su cama, conectada a un catéter venoso central, un tubo traqueal, un monitor de presión intracraneal y una sonda nasogástrica, entre otras cosas. Diversos catéteres intravenosos se introducen en su cuerpo, bombeando en él fluidos con diversos fármacos, diuréticos, anticonvulsivos y probablemente morfina. Tiene la cabeza envuelta en gasas. Debajo de esas gasas hay un cráneo al que, hace solo unas horas según me han dicho, le han quitado algunos trozos para aliviar la presión sobre el cerebro. Apenas se ve nada de su rostro, porque tiene los ojos cerrados y toda ella es un amasijo de gasas y tubos, pero lo poco que veo está hinchado y amoratado.

No es paciente mía. Otra enfermera, Bridget, está con ella en la habitación, atendiéndola, ocupándose de estabilizarla, y sin embargo se me revuelve el estómago la primera vez que la veo a través del cristal, acostada en su cama. Ya había oído la confusión de murmullos, los cuchicheos de la gente hablando sobre lo que le ocurrió, lo que la trajo aquí.

Hoy me han asignado a otros pacientes. Tenemos treinta camas en la UCI del hospital. Estamos separadas por unidades, con diez camas en cada una y el mostrador de control de enfermería en el centro. La ratio de enfermeras por paciente depende de la gravedad de cada

caso. Los pacientes con respiradores o extremadamente graves tienen una ratio paciente-enfermera de dos por uno, pero si su estado es menos delicado podemos llegar a tener hasta cuatro pacientes cada una. Eso es mucho abarcar. La consecuencia es que, pese a esforzarnos al máximo, a veces se producen errores como el de la semana pasada, cuando una de las enfermeras se equivocó y le dio a un paciente la medicación matinal de otro. Se dio cuenta enseguida, se lo dijo al doctor y todo se solucionó, gracias a Dios. No siempre es así.

Bridget me entrevistó por encima del hombro. Deja lo que está haciendo, sale de la habitación y se queda a mi lado en la puerta corredera.

—Ey —dice mientras la puerta se cierra—. ¿Te has enterado? —pregunta, inclinándose hacia mí como siempre hace para cotillear.

—Enterarme... ¿de qué? —contesto, y mi corazón se acelera un poco, como preparándose para lo que está a punto de decir.

Hoy he llegado tarde al trabajo. Esta mañana tenía cita con el médico y no he entrado hasta las doce. Debería haber llegado aquí antes —la cita había acabado a las nueve y media—, pero después de lo ocurrido caminé durante kilómetros, sopesando si me tomaba el día libre y dejaba que alguien me sustituyera, aunque solo estaba previsto que me cubrieran durante unas horas. Al final fui a trabajar. Tuve que convenirme a mí misma para hacerlo, pero en ese momento era lo que necesitaba. Necesitaba actuar como si nada malo hubiera sucedido, porque, si no lo hacía, empezarían las preguntas. Todos querrían saber dónde estaba y por qué no había ido al hospital, y, además, creí que el trabajo me iría bien para distraerme. Me equivocaba.

—Se tiró —dice Bridget—. Desde un puente peatonal.

Mi respiración se vuelve entrecortada, jadeante. La gente no habla de otra cosa, de esa mujer que saltó desde un puente de más de seis metros de altura y, al menos técnicamente, sobrevivió.

—Ya lo sé. Lo había oído. Qué horror. ¿Cómo se llama?

—Caitlin —responde, y repito mentalmente el nombre, acostumbrándome a él.

—Caitlin ¿qué más?

—Beckett. Caitlin Beckett.

Bridget me habla entonces como si me estuviera dando el informe de cambio de turno, aunque Caitlin no sea mi paciente ni estemos cambiando el turno. Me dice que la paciente tiene treinta y dos años, que la trajeron a nuestra UCI desde el quirófano, aunque entró en el hospital por urgencias y solo después le practicaron una craniectomía descompresiva por un edema cerebral causado por un traumatismo craneoencefálico. Lo que, en otras palabras, significa que la inflamación del cerebro le estaba provocando demasiada presión dentro del cráneo. Tenían que aliviar esa presión. Si no lo hubieran hecho, la paciente ya estaría muerta.

Bridget continúa, me cuenta más cosas. Llega un momento en que dejo de escuchar, porque no puedo apartar la vista de esa mujer. Caitlin Beckett. Mi mente vuelve obsesivamente sobre el hecho de que solo tenga treinta y dos años. Muy joven. Niego con la cabeza, horrorizada al pensarlo. Yo tengo cuarenta. La diferencia de edad es apreciable, aunque, en mi caso, cuando tenía treinta dos años fue cuando de verdad empecé a madurar como persona. Por entonces, pensaba que aquel era uno de los mejores años de mi vida. Estaba casada y tenía una niña. Sentía más confianza en mí misma de la que nunca había sentido en toda mi vida. Sabía quién era y ya no me preocupaba tener que impresionar a nadie.

Caitlin yace bajo una manta, vestida con el camisón del hospital –de un blanco almidonado y estampado de estrellas–, con los brazos colocados a ambos lados de forma antinatural. Algo se revuelve en mi interior, por más que haya visto de todo en mi trabajo como enfermera de la UCI. Esta mujer no debería perturbarme más que cualquier otro paciente, pero lo hace, por diversas razones.

–¿Crees que saldrá de esta? –le pregunto a Bridget.

–Quién sabe –responde, mirando antes a su alrededor para asegurarse de que estamos solas.

La esperanza fundamental en nuestra profesión. Como enfermeras, deberíamos creer que todos nuestros pacientes vivirán, si bien la probabilidad de supervivencia en un caso como este sea, por lo general, muy escasa. La mayoría no sobreviven. Y, aunque sobreviviera, tampoco tendría demasiadas posibilidades de conseguir una buena calidad de vida.

–¿Está aquí su familia? –pregunto, decantándome para mis adentros por la posibilidad de que muera o salga del coma convertida en un mero envoltorio de carne.

–Todavía no. Aún están buscando a algún pariente cercano.

Contemplo su cara a través del panel acristalado. Parece estar en paz, durmiendo. No es así. La cama está inclinada hacia arriba, de modo que la cabeza y la parte superior del cuerpo permanecen elevados. Debajo de los vendajes, el cabello, o al menos parte de él, debe de estar rapado como exige la preparación para la craniectomía. Me la imagino calva. Los labios se amoldan al tubo traqueal, que mantiene las vías respiratorias abiertas para que el aire del respirador llegue a los pulmones. Está descolorida. La piel se ve pálida, como de cera, allí donde no está amoratada. Las heridas



tienen un aspecto espantoso. La cadera y la pierna rotas, y fracturas en ambos brazos y en varias costillas, entre otras cosas.

—Es guapa, ¿verdad? —pregunta Bridget.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo puedes saberlo?

La mujer está irreconocible. Es imposible que Bridget sepa cómo es con esa hinchazón, las magulladuras y los vendajes.

—No sabría decirte —replica—. Lo sé y ya está. Es terrible lo que ocurrió.

Trago saliva. Con dificultad, porque mi saliva se ha vuelto densa y viscosa.

—Trágico.

—¿Qué empuja a una persona a hacer algo así? —pregunta Bridget, y no puedo creer que siga hablando del asunto, y conmigo precisamente. Pero ella no conoce mi historia. No está al tanto de lo sucedido. No sabe cuánto me altera todo esto.

Como no contesto con suficiente rapidez, añade:

—Ya sabes, tirarse de un puente, suicidarse...

Me estremezco al pensarlo y niego con la cabeza. Percibo su mirada en mi rostro, escudriñándolo, y noto cómo se me enrojecen las mejillas y las orejas.

—No lo sé.

—Entre tantas maneras posibles de irse, ¿por qué esa? —pregunta Bridget.

Ojalá lo dejara estar, pero no lo hace. Insiste en ello, remachando su argumentación, añadiendo algo más en voz baja para que nadie que pase pueda oírlo:

—¿Por qué no monóxido de carbono o una dosis letal de morfina? ¿No sería más fácil, menos doloroso?

Tampoco diré que Bridget demuestra falta de tacto. No todos están al corriente de mi historial familiar con el suicidio.

Me pongo pálida. No digo nada, porque no tengo una respuesta y porque no dejo de pensar en cómo debió ser para Caitlin la caída, el golpe contra el suelo desde la altura del puente. De pronto siento un fuerte regusto metálico en la boca. Me aprieto los labios con los dedos, poniendo toda mi fuerza de voluntad en hacerlo desaparecer. No dejo de hacerme el mismo tipo de preguntas: si perdió el conocimiento durante la caída, si estaba totalmente despierta al chocar contra el suelo... ¿Sintió cómo el estómago se le subía al pecho, los órganos moviéndose libremente en sus entrañas como en una atracción de feria? ¿O no sintió más que el dolor atroz del impacto?

Bridget me pide que la excuse y cruza de nuevo al otro lado del cristal de la puerta corredera. Me quedo observando un rato más, mientras ella muestra algo parecido al cariño en su modo de recolocarle a Caitlin las manos sobre el abdomen, disponiendo los dedos en su justo lugar, dejando un instante su mano en la de ella. Le leo los labios cuando se inclina hacia delante y le pregunta:

—Pero ¿qué hiciste, niña? ¿Qué hiciste?

Solo puedo pensar en una cosa en ese momento. Es asombroso que Caitlin haya sobrevivido tanto tiempo.

## Capítulo 2

Mi turno acaba a las siete. Salgo esa noche del hospital y me dirijo al este por Wellington, hacia Halsted, tratando de dejar atrás a los pacientes, apartarlos de mis pensamientos durante el camino. Se dice pronto. Por mucho que me esfuerzo, algunos siguen conmigo. En nuestro oficio, se supone que debemos compartimentar, mantener cierto desapego, separar mentalmente nuestra vida profesional de la personal, como si se tratara de organizar la medicación en un pastillero, claramente dividida por gruesas lengüetas de plástico. Así nos lo enseñaron en la escuela de enfermería, aunque no resulta tan fácil ni es algo que pueda enseñarse: preocuparse y demostrar cariño por los pacientes sin permitirse ningún vínculo emocional con ellos, porque ese vínculo, según dicen, hará que acabes quemada, lo que lleva a las enfermeras a dejar una profesión que ya de por sí se cobra muchas bajas. Se hace duro porque, como enfermeras, está en nuestra naturaleza ser compasivas, y esos dos elementos, el desapego y la compasión, chocan entre sí.

El sol se ha puesto hace horas. En esta época del año, la noche llega pronto y deprisa. Los días en que trabajo, apenas veo la luz del sol. Está oscuro cuando salgo por la mañana y oscuro también cuando vuelvo a casa.

Le envío un mensaje a Sienna mientras camino, recordándole que llegaré tarde, y ella me contesta con un rápido OK. Le pregunto si se ha acordado de cerrar

la puerta principal y me contesta que sí. Durante estos últimos días, el pestillo de nuestra puerta está fallando. La puerta no siempre se queda bien cerrada. Podría ser solo una circunstancia molesta, pero sucede que últimamente ha habido una ola de robos en nuestro barrio. En general, los delitos han aumentado en toda la ciudad. Asaltos a conductores para robarles el coche. Robos a mano armada. La semana pasada, siguieron a una mujer hasta su apartamento en Fremont. La asaltaron, la golpearon y le robaron en la escalera. El asaltante le rompió la nariz y el brazo, se llevó su bolso con todas sus pertenencias, todo el dinero y las tarjetas de crédito y débito. Tiene suerte de haber salido con vida.

La policía aún sigue buscando al autor, lo cual me tiene con el alma en vilo. No me quito de la cabeza que ese hombre sigue por ahí suelto, atacando a mujeres, y me pregunto si ha tenido suficiente o ya anda a la caza de su siguiente víctima. Esa idea me ha mantenido en vela algunas noches. Y no ayuda que Fremont esté tan solo a dos manzanas de donde Sienna y yo vivimos. Ya le he pedido al casero que nos arregle la puerta dos veces, pero está ocupado. Dice que lo hará, pero todavía no lo ha hecho.

¿La has cerrado?

Le mensajeo a Sienna, refiriéndome a la puerta.

Sí.

Me responde de nuevo, y tengo ganas de preguntarle si está segura, decirle que vuelva a comprobar si la puerta está cerrada, pero no quiero parecer paranoica ni darle motivos para que se asuste, así que lo dejo estar.

Le digo adiós y meto el teléfono en el bolso. En Halted giro a la izquierda y me encamino hacia Belmont.

Halsted está animado esta noche, lleno de gente que vuelve a casa tras terminar la jornada, de modo que el ambiente resulta eléctrico con tanto alboroto de voces y automóviles.

Afuera ha empezado a nevar y gruesos copos caen en un súbito bombardeo. La nieve hace que la temperatura no sea exageradamente fría, pero aun así me pongo la capucha para mantenerme seca, meto la barbilla en el chaquetón y, hundiendo las manos en los bolsillos, aprieto el paso.

La iglesia, situada en la parte norte de Belmont, tiene un aspecto solemne y majestuoso con este tiempo. Bajo la nevada parece una pintura, una escena sacada de un cuadro de Thomas Kinkade. Al llegar a Belmont, espero a que pase el autobús 77 y cruzo al trote la calle hasta la iglesia. Es un edificio de estilo Tudor gótico, con torres y unas empinadas escaleras de hormigón que conducen a tres sólidas puertas de madera, en forma de arco y rodeadas de ventanas con vidrieras. La iglesia está unida a la escuela parroquial, de manera que todo el conjunto ocupa casi una manzana entera.

Subo los peldaños, abro las pesadas puertas de madera y entro, agradecida cuando ambas hojas se cierran y la ciudad se apaga a mi espalda. El interior de la iglesia es un mundo aparte, bien distinto del que he dejado fuera. Es cálido y silencioso, con luces atenuadas y un ambiente tranquilo y evocador. Atravieso otras puertas y entro en la nave de la iglesia, donde se suceden filas y más filas de bancos vacíos y de etéreas vidrieras.

Justo ante mí hay una mujer sola en el nártex. Viste un abrigo blanco de invierno que le llega hasta el muslo y un grueso gorro negro, de modo que parece perfectamente conjuntada si la comparamos con mi atuendo de zapatillas deportivas y uniforme de hospital. El uniforme es de color azul pizarra, suave y cómodo a más

no poder, aunque no exactamente estiloso. Si Sienna se enterara de que he vuelto a ir por ahí con el uniforme, empezaría a criticarme y no acabaría.

—Pareces perdida —digo, sonriendo mientras me seco los zapatos en el felpudo y avanzo al interior.

La mujer es más o menos de mi edad o incluso más joven, de pelo moreno, ojos oscuros y piel olivácea que combinan bien con el abrigo blanco. De cintura para abajo viste unos vaqueros ajustados, remetidos en unas impresionantes botas invernales con suela de goma y vueltas de borreguito que me hacen lamentar haberme puesto las deportivas en una noche como esta, porque sé que cuando llegue a casa habrá caído nieve suficiente como para atravesarlas.

La mujer se ríe para sí misma —de sí misma—, una risita que parece más bien nerviosa.

—Diría que lo estoy —contesta, paseando la mirada por la nave en la que no se ven indicaciones, nada ni nadie que pueda decirle adónde ir—. No sé si es aquí donde se supone que debo estar.

—¿Has venido por el grupo de apoyo a divorciados?

Otra risa nerviosa, esta vez de autodesprecio.

—¿Tan evidente resulta?

Respondo enseguida.

—No, claro que no. Lo que pasa es que yo misma vengo por eso y, que yo sepa, esta noche no hay más reuniones en el edificio. Suele estar solo nuestro grupo. —Tomo aire y cambio de tono—. No tienes por qué estar nerviosa —digo, esperando no estar excediéndome, sino solo interpretando su actitud, su lenguaje corporal—. Quiero decir que, bueno, es normal estarlo. Todo el mundo se pone nervioso la primera vez que viene, pero no hay razón para ello. Me llamo Meghan —digo, acercándome lo suficiente como para tenderle una mano que ella estrecha entre las suyas, un gesto que me transmite calidez a

pesar del tiempo que hace en la calle, y entonces me pregunto cuánto tiempo lleva en el nártex, esperando a que aparezca alguien que la ayude—. Meghan Michaels.

La expresión de la mujer cambia. Ladea la cabeza y se le junta el entrecejo mientras su rostro muestra algo parecido a la incredulidad. Agranda los ojos como si quisiera captar toda mi persona.

—¿Meghan Michaels? ¿Del instituto de Barrington, promoción del 2002? —pregunta, y yo asiento levemente, tratando de rebuscar entre mis recuerdos, de establecer la conexión.

Fui al instituto de Barrington, desde luego, aunque hace mucho de eso. Está a una hora de donde vivo ahora, pero mis padres dejaron la periferia de la ciudad después de que me graduara y apenas he vuelto desde entonces, ni tampoco he hecho mucho para mantener el contacto con los amigos del instituto.

—Eres tú de verdad —dice, como si advirtiera el parecido entre la adolescente de entonces y la mujer de ahora—. Soy yo —continúa, llevándose la mano al pecho—. Nat Cohen. Natalie. Fuimos juntas al instituto.

—Dios mío —exclamo, contenta pero sorprendida.

Natalie Cohen. Nat. Hace más de veinte años que no oigo ese nombre. Está cambiada, pero, claro, todas lo estamos. Se le ha adelgazado la cara y ya no la tiene tan redonda, y el pelo es más largo de lo que recuerdo. Durante todo el tiempo que la conocí, llevaba esa melena recta tipo *bob*, y me pregunto cuándo tomó la decisión de dejársela crecer. El pelo está precioso así, tan largo. Ella misma está preciosa. Nat siempre fue guapa, pero en el instituto tenía un aire de chico que ahora ha desaparecido. Es increíble lo bien que ha envejecido. No tiene arrugas en la piel como yo y, con algo de superficialidad por mi parte, me pregunto si se pone bótox u otro tipo de rellenos, o bien es que tiene la fortuna de contar con

buenos genes. Nat y yo estábamos en la misma clase el año que nos graduamos. Jugábamos juntas al tenis, aunque ella siempre era mucho mejor que yo.

Abro los brazos para estrecharla, consciente de cuán agradable es sentirme tan cercana a alguien de mi pasado. Me embebo en esa sensación, manteniendo el abrazo un rato más de lo debido. Emergen los recuerdos del instituto, de unos tiempos más sencillos y felices que me provocan nostalgia. Cuando la libero, le digo:

—No puedo creer que seas tú. ¿Cómo has estado? ¿Dónde vives? ¿Aún juegas al tenis?

No puedo evitar tantas preguntas. Todavía desearía preguntar más, pero ¿cómo vas a ponerte al día después de veinte años, sobre todo con el poco tiempo que tenemos antes de la reunión?

—Bueno, he estado mejor otras veces —contesta.

—Dios, claro que sí. Ha sido una pregunta tonta —digo, sintiéndome insensible o incluso estúpida, porque aquí estamos, de camino a una reunión para divorciados. Nadie que venga a estas sesiones está viviendo su mejor época. Estamos todos en un limbo, intentando encontrar el modo de pasar página y ser felices.

—Te has dejado crecer el pelo —digo, porque, incluso con el gorro, los largos rizos le llegan varios centímetros por debajo del cuello—. Me encanta. Te queda bien.

—Gracias —dice—. Aquella desgredada melena *bob* tenía que desaparecer.

—Tienes un aspecto fantástico. De verdad. ¿Cuánto tiempo llevas aquí esperando?

—Diez o quince minutos. La verdad es que —continúa, relajándose a ojos vistas ahora que está conmigo— no sé si debería estar aquí. No sé si quiero.

Le respondo:

—Bueno, te entiendo. Pero no estás sola. La primera vez que vine ni siquiera entré. Llegué hasta el edifi-



cio, pero entonces, estando todavía ahí fuera, cambié de opinión. Estaba convencida de que todo el mundo sería insufrible y de que no tendríamos nada en común, más allá del hecho de estar divorciados. Unas semanas después volví y me gustó mucho, la reunión y la gente. No tienen nada de insufribles, sino que son simpáticos y amables. Creo que te gustarán. Es por aquí –digo dando un paso hacia las escaleras para que me siga–. Ven conmigo y ya nos pondremos al día después de la reunión, cuando tengamos más tiempo. Hay tantas cosas que tengo ganas de preguntarte...

En ese instante, a nuestra espalda vuelven a abrirse las pesadas puertas y me giro al oír la arremetida de ruidos urbanos que se infiltra en la silenciosa iglesia. Quien entra es Lewis, otro de los miembros del grupo. Por el rabillo del ojo, veo cómo Nat se sobresalta al oír su entrada, una reacción desproporcionada para tan poco ruido. Me paro a observarla y veo que tiene los ojos fijos en Lewis, que está pateando en el felpudo con las pesadas botas mientras la nieve se adhiere rápidamente al cuerpo, lo que nos recuerda la fuerte tormenta del exterior. Solo cuando se quita la capucha y Nat lo ve con mayor claridad –la cara redonda y aniñada y los ojos bondadosos que no concuerdan con su gran corpachón–, se tranquiliza, relaja el cuerpo y empieza a abrir lentamente los puños. Se espera un grosor de unos diez centímetros de nieve esta noche, aunque la previsión siempre es muy imprecisa. Podrían ser cinco centímetros o podrían ser veinticinco.

–Bonita noche –dice Lewis pasando por delante de nosotras, y no sabría decir si lo dice de broma o no, porque lo cierto es que sí que es bonita. Hay algo mágico en la primera nevada de la temporada.

Vuelvo la mirada hacia Nat mientras Lewis desaparece escaleras abajo.

–Solo era Lewis –le digo, preguntándome por qué se

ha asustado tanto—. Un tipo adorable. Su mujer lo abandonó por otro tío cuando Lewis dejó su bien remunerado empleo en una empresa para dedicarse a algo más gratificante. Resultó que amaba más su dinero que a él. ¿Qué opinas? —pregunto, señalando con la cabeza hacia la escalera—. ¿Le das una oportunidad a esto? Ni siquiera tienes que hablar. Puedes solo escuchar —añado—. Faye, la coordinadora del grupo, es terapeuta, pero también está divorciada. Su mantra es que este es un lugar seguro para escucharnos, para ofrecer apoyo, para darnos fortaleza unos a otros y sentirnos menos aislados por nuestro divorcio.

Con todo, he de decir que la primera vez que vine era reacia a abrirme. Mi plan era solo escuchar y observar. Recuerdo que me senté en la silla contemplando el círculo de rostros que me rodeaban, cálidos, abiertos y receptivos. Eso calmó mi ansiedad y, cuando Faye preguntó esa noche si alguien quería compartir su historia con el grupo, levanté instintivamente la mano.

—Estoy divorciada —comencé, consciente del ligero temblor en mi voz, preguntándome si alguien más lo percibía aparte de mí—. Aunque supongo que eso ya lo sabéis, porque ¿para qué habría venido si no estuviera divorciada?

Y entonces me reí de mí misma. Hubo otros que también se rieron —conmigo, no de mí—, y eso me dio ánimos. Después las palabras brotaron con mayor fluidez y fui capaz de contarles que hacía meses que había pedido el divorcio.

—Decir que lo he pasado mal sería quedarme corta, aunque fui yo quien lo dejó a él. En cierto modo, me lo busqué yo misma. Fue responsabilidad mía. —Tomé aire, notando que el temblor de la voz había desaparecido—. Creo que se me hace tan duro porque no conozco a nadie que esté divorciado. Es raro, porque alrededor

del cincuenta por ciento de los matrimonios terminan en divorcio, ¿no? Así que ¿cómo es posible que no le haya ocurrido a nadie que conozca? Me hace sentir como si yo fuera una especie de anomalía. Nadie está al tanto de lo que estoy pasando en el aspecto personal. Tengo grandes amigos que se muestran increíblemente comprensivos, pero durante los últimos meses he sentido que me alejaba de ellos. Ya no tenemos tanto en común. Un divorcio te obliga a gestionar muchas cosas, como criar a una niña sola, los derechos de la custodia y de las visitas, cambiar el testamento y mi propio nombre, deshacerme de la cuenta bancaria conjunta, intentar mejorar mi calificación de crédito, porque todo lo que compartíamos estaba a nombre de Ben y yo apenas tengo historial crediticio... No puedo hablar de todo esto con cualquiera.

Recuerdo que me detuve en ese punto e inhalé una gran bocanada de aire, sintiéndome cohibida porque había contado mucho más de lo que pretendía, pero también con una sensación catártica.

—Lo siento. No quería hablar tanto.

—No —repuso Faye—. No lo sientas. Nunca pidas disculpas, Meghan. Estamos aquí para eso, para escuchar y darnos apoyo. Todos los que están aquí se enfrentan a esos mismos problemas.

A mi alrededor, el círculo de cabezas hacía gestos de asentimiento.

Y entonces me pidió que le contara al grupo un poco más sobre Ben. Al principio no sabía muy bien cómo describirlo. Cuando nos conocimos, Ben era como un sueño. Estábamos en el instituto, una época en la que cosas como una carrera profesional o tener hijos se veían tan lejanas que no pensábamos en ellas. No existían, ni siquiera en nuestras fantasías más desatadas. Avanzamos ahora veinte años. Yo no era feliz. Ben no era feliz. Sienna, por defecto, tampoco lo era. Ben y yo no hacíamos

más que discutir. Estaba muy centrado en su trabajo y se enfadaba cuando le pedía que también hiciera de la familia una prioridad, porque interpretaba que yo demostraba falta de sensibilidad por no apoyarlo en su trayectoria profesional, algo bien lejos de mi intención. Lo único que yo deseaba era que Ben estuviera más pendiente de Sienna y de mí. Empecé a pensar, cada vez con mayor frecuencia, que estaría mejor sin él, porque sentirme sola sería mejor que sentirme abandonada e ignorada. Pero durante años el miedo a lo desconocido hizo que no me atreviera a dejarlo. Si al final lo hice, no fue por mí, sino por Sienna, porque no quería que tuviera nuestro matrimonio como modelo. Quería que supiera que el matrimonio puede estar lleno de amor, felicidad y respeto mutuo.

Así que ahora le cuento a Nat:

—Antes de venir, pocas cosas me parecían peor que entrar en una habitación llena de desconocidos y compartir con ellos los detalles de una de las experiencias más dolorosas de mi vida. Pero ahora comprendo que es peor pasar por ello sola. —Hago una pausa para dejar que mis palabras calen en su ánimo y luego pregunto, señalando de nuevo las escaleras con la cabeza—. ¿Qué te parece? ¿Quieres intentarlo?

—De acuerdo —dice, cediendo.

Bajamos juntas los peldaños hasta la sala parroquial, donde las grandes mesas redondas se han apartado para colocar un círculo de sillas plegables de color negro en el centro de la habitación. Faye ya ha comenzado la reunión cuando llegamos, por lo que ocupamos las dos últimas sillas, situadas en lados opuestos del círculo, y solo puedo observar de lejos cómo Nat se desprende del abrigo y lo cuelga en el respaldo de la silla. Permanece callada durante toda la reunión. Escucha sin decir palabra, y no puedo culparla por ello.

En cierto momento, se quita el gorro, y entonces, cuando se pasa la mano por el pelo y se aparta algunos mechones de los ojos, vislumbro un cardenal en la parte superior de la frente, bajo la línea de nacimiento del cabello. Vuelvo a fijarme, impresionada por el tamaño del cardenal y su vivo color rojo, como si fuera reciente. Lo que sea que haya ocurrido, ha ocurrido hace poco, hoy mismo quizá. Lo observo más tiempo del debido, preguntándome cómo puede haberse hecho ese cardenal. Yo misma tengo en mi pasado una buena colección de torpezas y accidentes tontos, así que puede que no sea más que eso.

Pero también puede que haya algo más.

Nat levanta la vista en ese preciso momento. Nuestras miradas se encuentran. Trago saliva y fuerzo una sonrisa culpable, cohibida por haber sido pillada observando. Instintivamente, se lleva la mano al cardenal. Lo toca, pasa los dedos por el sensible chichón y luego empuja algunos mechones para taparlo. Y entonces, como preocupada por si eso no bastara, vuelve a ponerse el grueso gorro negro.

Aparto la mirada. Intento escuchar lo que dicen los otros, pero los ojos se me van todo el rato a Nat. El cardenal ha desaparecido de la vista, pero no de mi mente.

Cuando la reunión termina, cojo mi chaquetón y me dirijo hacia Nat, pero, antes de llegar a ella, otra mujer, Melinda, se me acerca y me dice:

—Ey, Meghan, ¿tienes un momento?

No espera a que responda y observo cómo Nat, tras echarme una mirada furtiva, mete los brazos en el abrigo y se encamina a las escaleras.

—Quería preguntarte por el colegio al que va tu hija, en concreto por cómo son el proceso de admisión y los exámenes de ingreso. Mi hija mayor pronto irá al instituto y hemos empezado a mirar algunos centros públicos de la zona. Una tarea agotadora, por decirlo de forma suave.

Cuando por fin subo las escaleras, Nat ya ha llegado a la puerta. Está demasiado lejos para alcanzarla y solo puedo verla empujar las pesadas puertas de madera contra la cortina de nieve, que cae sesgada y hacia el interior de la iglesia. Nada más salir se detiene para fijarse en los rostros de quienes pasan ante ella. Se pone la capucha y suelta la puerta, que se desliza lentamente para cerrarse, pero antes de que se cierre todavía la veo fundirse con un grupo de transeúntes.

Después salgo yo misma de la iglesia, otra vez al frío y a la nieve, sola, viendo cómo mi aliento forma nubes cada vez que respiro, preguntándome si volveré a ver a Nat y si regresará a la iglesia.

Pienso en el cardenal mientras camino, no tanto en el cardenal en sí como en lo deprisa que Nat lo ocultó. Me descubro preocupada por ella, preguntándome adónde va y quién habrá en su casa cuando llegue.

La nieve se ha acumulado de forma considerable durante la última hora y forma pilas en aceras y calzadas. Los coches y los autobuses avanzan con lentitud. Por la noche prohibirán aparcar en algunas calles, para que la ciudad pueda despejarse de nieve antes de la hora punta de la mañana.

Tomo la línea roja que me lleva de la iglesia a casa, en dirección norte. Son casi las nueve y me inquieta seguir en la calle a esta hora de la noche. Me preocupo por mí misma y también por Sienna, que está sola en casa. Nunca he sentido miedo en esta ciudad hasta la reciente oleada de robos y agresiones que tiene a todo el vecindario con los nervios de punta.

Me bajo de la línea roja en Sheridan y desde allí camino a buen paso, con el único deseo de llegar a casa, de estar allí y ver con mis propios ojos que la puerta del apartamento está bien cerrada y Sienna se encuentra perfectamente.

## Capítulo 3

Al día siguiente, en el trabajo, consulto mis tareas con la enfermera jefe nada más llegar y me encuentro con que me han asignado a dos pacientes, entre ellos Caitlin Beckett, la mujer que, según dicen, se tiró del puente peatonal. Digo que muy bien y me alejo, sintiéndome algo más que alarmada. Esperaba que no me la asignaran, que tuviera que ocuparme de los mismos pacientes que ayer, y tengo ganas de aducir que debería tocarle a Bridget, aunque solo sea por mantener la continuidad en los cuidados, pero hoy es su día libre.

Dejo mis cosas en una taquilla de la sala de descanso y me encamino a la habitación de Caitlin. Resulta duro mirarla, allí inconsciente en la cama, y no sentir el ánimo descompuesto. Nada más cruzar las puertas acristaladas, me detengo y dejo vagar la mirada por su cuerpo, estudiándola con atención durante un rato. Bridget tenía razón; a pesar de los vendajes y los tubos, se nota que es guapa. Yace completamente inmóvil. Está pálida hasta el punto de que, si no conociera su verdadero estado, pensaría que está muerta. Y la única razón que lo impide son esas máquinas que respiran por ella y le introducen nutrientes y fluidos. Ya he oído rumores en la sala de descanso sobre lo que la gente piensa que le ocurrió, habladurías y afirmaciones no comprobadas. No deberíamos chismorrear sobre los pacientes, y sin embargo lo hacemos. Resulta catártico, un modo de desestresarse de una

larga jornada de trabajo o de armarse de valor para el día siguiente.

Esta mañana he escuchado a dos enfermeras que hablaban de ella en la sala de descanso. Una decía que cuando Caitlin saltó, según ha oído, cayó por poco fuera de los raíles del tren y aterrizó en algún punto entre las vías, sobre las piedras.

—¿Tienes idea de cuántas veces pasa el tren cada día? —ha preguntado, insinuando que, de haber caído en la vía, un tren se la habría llevado por delante y no lo habría contado. No estaría aquí en la UCI luchando por su vida. Estaría muerta—. Los trenes no pueden frenar enseguida —ha continuado diciendo, aunque todo era pura especulación, pues no fue así como sucedió—. Ni siquiera en una emergencia. He oído que a veces se necesitan casi dos kilómetros de vía para detenerse desde que se frena, debido al peso y a la velocidad del tren.

—Entonces ha tenido suerte de haber saltado desde donde lo hizo —ha dicho Natalia, otra enfermera.

—¿Suerte? —ha cuestionado a su vez Misty, incrédula. Los efectos a largo plazo de un traumatismo craneoencefálico pueden ser graves; hablamos, entre otras cosas, de deficiencias motoras, problemas de visión y dificultades con la motricidad fina o para pensar o recordar—. ¿Cómo puedes decir eso? Pero ¿tú la has visto?

La respuesta ha sido que sí. A estas alturas, todos la hemos visto ya. Yo no soy la única que ha pasado por delante de su habitación para echarle una mirada a través del cristal. Otros han hecho lo mismo.

—Si de verdad quería morirse, entonces debería haber elegido otro puente para saltar, uno con tráileres y automóviles.

—Imagínate que eres tú quien conduce un coche o un tren y la atropellas —ha dicho Natalia.



Yo estaba de espaldas a ellas. No quería contribuir a la conversación, pero eso no significaba que no quisiera escuchar, oír lo que otras personas decían sobre Caitlin. Eso había sido antes de las siete de la mañana, justo antes del cambio de turno, por lo que la sala de descanso estaba más concurrida de lo habitual.

—¿Cómo crees que debe ser saber que vas a atropellar a alguien, ver cómo sucede, pero no poder hacer nada para impedirlo? —ha seguido diciendo.

Erin ha contado entonces que su tío era ingeniero de trenes de carga.

—Hace años, hubo una mujer que trató de suicidarse en su línea.

Y aquí Erin ha descrito cómo las miradas de su tío y de la mujer se cruzaron antes de que fuera arrollada, cómo incluso tras accionar el freno de emergencia tuvo que esperar durante unos segundos eternos y agónicos, escuchando el chirrido de unas cuatro mil toneladas de tren que intentan detenerse en vano. Luego ocurrió lo inevitable. La mujer desapareció de la vista, engullida hasta quedar en algún lugar por debajo de su tío, y, cuando por fin el tren se detuvo, fue él quien tuvo que bajar a buscarla.

No estaba segura de querer oír el resto. Erin ha dicho:

—Cuando un tren atropella a alguien, pueden ocurrir dos cosas: una, que la persona salga despedida y sufra gravísimas heridas internas que posiblemente le causarán la muerte; o dos, que se meta bajo las ruedas y con toda probabilidad acabe despedazada. —Ha hecho una pausa dramática—. Eso fue lo que le sucedió a esta mujer, la segunda opción —ha rematado, sacudiendo la cabeza por el horror que le tocó presenciar a su tío—. Todavía hoy, mi tío sigue teniendo pesadillas. Y han pasado seis años.

—Dios mío —ha exclamado Misty—. Es terrible. No fue

culpa suya y, aun así, va a tener que vivir con el sentimiento de culpa durante toda su vida, sabiendo que él participó en la muerte de alguien.

Esa idea me ha puesto los pelos de punta. No podía soportar seguir escuchando por más tiempo, así que me he obligado a levantarme del banco y a salir de allí.

Mi amigo Luke me ha seguido.

—Bonito, ¿eh?, ver que están otra vez con lo mismo —ha dicho refiriéndose a la rumorología incesante.

Me ha hecho sonreír. Del personal de enfermería en plantilla, Luke es el más parecido a mí. La similitud de edad tiene algo que ver en ello. Él y yo les sacamos unos diez o quince años al resto de compañeros, muchos de los cuales acababan de graduarse. Mientras caminábamos por el pasillo juntos, me ha preguntado:

—¿Estás bien?

Le he echado una mirada, arrugando el entrecejo.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Estás callada —ha dicho.

He desviado la vista, pero seguía sintiendo su mirada fija en mí.

—Ah, ¿sí? —he contestado haciendo una mueca, esforzándome al máximo por actuar con normalidad.

—Sí —ha dicho él, y después, con cautela—: Ayer llegaste tarde a trabajar.

—Ah. No fue por nada importante. Solo una cita con el médico —he respondido, aunque ambos sabíamos que yo nunca me programaría una cita de rutina en un día laborable. Pero, por fortuna, Luke no ha curioseado más.

Aun así, me he dado cuenta de que quería decir algo más, de que no me iba a soltar tan fácilmente.

—Ayer también vi que llevabas tu anillo de casada —ha dicho, cogiéndome desprevenida, y me he sentido culpable, pillada en falta, y he notado que me ponía colorada. No creía que nadie se hubiera dado cuenta—. No es

asunto mío –ha continuado Luke–. Pero... –ha dudado, hablando con tacto– ¿volvéis a estar juntos, Ben y tú?

–Dios, no. No es más que... –Me he esforzado por encontrar las palabras y he acabado diciendo–: Viejas costumbres, ya sabes.

Había sido un error ponerme el anillo. No sé en qué estaba pensando. Después de tantos meses, resultaba muy extraño verlo en el dedo. Me lo quité en cuanto llegué a casa. Fui directa a mi habitación antes de que Sienna lo notara y lo puse de nuevo en la bandejita compartimentada del joyero, que era su sitio.

–Claro –ha contestado–. Ya lo sé. Lo entiendo. ¿Cómo le va a Sienna? –ha preguntado entonces, cambiando de tema, y me he alegrado de que lo hiciera. Agradecía que Luke me preguntara por Sienna con tanta frecuencia, cómo estaba, cómo le iba el instituto, si le gustaban sus amigos...

–Está bien. Le va bien.

–Ey, y quería preguntártelo. ¿Cómo te fue la cita?

Tardo un instante en comprender. Mi cita. Casi la había olvidado. De pronto parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces, aunque la frivolidad, la cotidianidad que emanaba de la pregunta, era ciertamente bienvenida.

Hace unas pocas noches quedé con un hombre. Se llamaba Alec. No había tenido una cita desde que salía con Ben y esta era la primera tras el divorcio. A Alec lo conocí en una web de citas a la que me había apuntado –a regañadientes– hacía unos meses. Tenía mis celos al respecto, pero Luke y un par de enfermeras del trabajo me convencieron de que lo intentara. Lo cierto es que Sienna se está haciendo mayor. Cada día es más independiente. Saber que pronto se irá a la universidad y me quedará sola durante el resto de mi vida me quita el sueño por las noches.

El hecho de que Ben volviera a salir con otra mujer acabó de convencerme. Fue el factor desencadenante para que accediera a quedar con Alec. Desde que a Sienna se le escapó que Ben tenía novia, esa mujer ha ido ganando terreno en mis pensamientos. No puedo decir con seguridad que no aceptara la cita por venganza, con ese vestido que me puse después de tantos años sin llevarlo, tan sexi con su fruncido en la cintura y un escote de vértigo, pensando en lo agradable que sería que un hombre volviera a tocarme, que deslizara la mano bajo la corta falda del vestido, que me mirara con deseo.

No sucedió así. La sensación fue de extrañeza, de falta de deseo durante la cita y ahora, pasados ya algunos días, de intrascendencia, hasta el punto de que ya me había olvidado del tal Alec.

—Bah, ni fu ni fa —le he contestado a Luke encogiéndome de hombros.

—¿Solo ni fu ni fa? —ha insistido.

—Sí, solo ni fu ni fa. No conectamos. Fue muy incómodo.

—Vaya mierda, pues. Lo siento, Meghan. Él se lo pierde. El siguiente será mejor. —Pero yo no estaba segura de que hubiera un siguiente.

Ahora, mientras estoy en la habitación de Caitlin, la enfermera de noche se acerca y me pasa el informe del cambio de turno. Ambas permanecemos junto a la cabecera de la cama y mi compañera repasa las constantes vitales, el historial médico y la medicación, entre otras cosas. Caitlin sigue en coma, ni mejor ni peor que ayer. No reacciona en absoluto a los estímulos externos, algo que no es inusual en su estado. Los pacientes en situación similar a la suya muestran diferentes niveles de consciencia. Algunos pueden estar mínimamente conscientes o hallarse en estado vegetativo. A veces se estremecen al sacarles sangre. Podrían hacer rechinar los dientes,

revolverse en la cama o hacer otros movimientos involuntarios, pero no ocurre así en este caso. Caitlín no puede hacer nada por sí misma, ni siquiera respirar.

Lo único diferente hoy es que durante la noche, después de que acabara mi turno, el personal del hospital localizó a sus padres. Me los encuentro en la sala de espera, donde han pasado la noche en butacas reclinables, prácticamente en posición vertical. Me quedo mirándolos desde lejos mientras tratan de dormir. Tienen los ojos cerrados, pero no sabría decir si duermen o no. En las salas de espera de la UCI se respira una tensión palpable, diferente de la de cualquier otro lugar del hospital. En la mayoría de los casos, las visitas solo pueden entrar de una en una o de dos en dos, y durante un corto periodo de tiempo. Terminan «acampando» en la sala de espera, alternando entre el sufrimiento, las oraciones, el llanto y las visitas, en ocasiones durmiendo o comiendo, aunque más bien poco. Cuando se van parecen zombis, y solo a veces consiguen llevarse a sus seres queridos con ellos.

Los dejo dormir. Regreso a la habitación de la paciente, pero resulta duro estar sola con ella. Me centro en mi tarea, casi en piloto automático, intentando no pensar en lo que le ocurrió, lo que la trajo aquí. Examino el monitor y las vías intravenosas, compruebo las constantes vitales y le administro la medicación, pero la mirada se me va todo el rato a su rostro, estudiándolo con minuciosidad, asegurándome de que sigue inconsciente. Solo un tercio de la cara es realmente visible; el resto está cubierto de gasas, tubos y esparadrapos que le estiran implacablemente la piel, de modo que apenas resulta reconocible. Podría tratarse de cualquiera. Pienso en lo tranquila que parece en este momento y en cuán contradictorio es este estado si lo comparamos con lo que le sucedió.